

«quel; y nada nos dice que justifique las costumbres paganas. Ve-
«mos bien que esas santas mujeres fueron llevadas á la casa de
«sus esposos; que hubo una comida algo mejor que la de costum-
«bre; pero nada se ve que indique que hubiese música y baile,
«ni ningun otro señal de los que caracterizan las bodas antieris-
«tianas ¹.»

Así se verificaba entre nuestros padres el acto fundamental de la sociedad doméstica; así se pasaba el día de boda, día que influye con frecuencia de una manera incalculable en el resto de la vida. Santificado por los Cristianos, era una fuente de bendiciones; profanado por los paganos, abría en cierto modo el reinado del desorden y del crimen: la historia atestigua este doble hecho. Tanto difiere la noche del día; el agua cenagosa del lago, de la cristalina que salta de las rocas; la carne con sus groseros apetitos, del espíritu con sus nobles sentimientos, como diferia la familia pagana de la familia cristiana.

Tenemos conocida ya á la primera con sus odios, sus infamias, sus crímenes y su deshonra: veamos la segunda en su vida práctica.

CAPÍTULO VIII.

Interior de la Familia cristiana.

La caridad, que formaba su lazo, formaba también su encanto. Y como que esta divina virtud, bien distinta del amor profano, es esencialmente noble y pura, los maridos llamaban por lo común á sus mujeres, hermanas y compañeras. ¡Lenguaje admirable! La inmensa revolución moral hecha por el Cristianismo se manifiesta por estas dulces palabras. El hombre no es ya un despo-

¹ Caeterum antiquam non fuisse consuetudinem, ut tam turpes res fierent, sed invecnam quamdam fuisse novitatem, cognosces, si recorderis quo pacto duxerit uxorem Rebecam Isaac, quo pacto Jacob Rachelem. Nam et nuptiarum meminit illarum Scriptura, et quo pacto fuerint in aedes, sponsorum hae sponsae deductae narrat, neque tale quidquam commemorat; sed convivium quidem et prandium solito lautius instruxerunt, et propinquos ad nuptias invitarunt: tibiae vero et fistulae, cymbala et temulentae saltationes, ac reliqua omnis hujus temporis turpitudine procul aberat. (S. Chrys. in illud propter fornicat. n. 2, t. III, pag. 235).

ta, un propietario, sino un hermano, un apoyo, un compañero en la vida, en los goces y dolores. La mujer no es ya una esclava que el marido puede apalea, juzgar, y despachar; una cosa que tiene derecho para vender, ceder, y reprender á sabor de su caprichosa voluntad; es una hermana, una compañera, no igual en autoridad, sino sometida dentro límites trazados por la justicia y la caridad. Si ella está sujeta á un yugo, el marido lo está también: es el mismo para uno que para otro; la igualdad es común; nada de excepciones, nada de privilegios opresivos y deshonrosos. Esa dulce libertad bajo una ley divina hacia la gloria del matrimonio cristiano á la vez que la ventura de ambos esposos ¹.

Incapaces de comprender un orden de ideas y de sentimientos tan superior á las costumbres y leyes contemporáneas, los paganos acusaban de él como de un crimen á nuestros padres. Tertuliano les responde: «Censurais el nombre de hermanos con que
«nos llamamos, porque entre vosotros los títulos de parentesco
«solo son palabras de afecto engañosas. Nosotros somos también
«vuestros hermanos por derecho de naturaleza, nuestra madre
«común, bien que vosotros seais apenas hombres, puesto que sois
«malos hermanos. ¿Con cuánta mas razón podemos, pues, con-
«siderarnos como á tales, nosotros que tenemos un mismo padre,
«que es Dios; que estamos iluminados por el mismo espíritu de
«santidad, y educados en la misma verdad, despues de haber sa-
«lido del seno de una común ignorancia? Vosotros creéis quizás
«que no somos hermanos en el sentido real de esta palabra, porque
«el teatro no resuena con los gritos de nuestro afecto fraternal,
«ó porque nosotros no somos hermanos sino por la comunicacion
«de nuestros bienes de familia, que, entre vosotros, poco menos
«que aniquilan todo lazo de fraternidad. Pero nosotros, cuyo es-
«píritu y corazón han sido elevados juntos, no vacilamos en co-
«municarnos nuestros bienes: en nuestra sociedad todo es co-
«mún, excepto las mujeres; de tal modo, que nosotros nos dis-
«tinguimos de los demás hombres por el solo punto que les une ².»

¹ Dilectissima mihi in Domino conserva... Conserva carissima. (Tertull. ad uxorem. lib. I, c. 1 et 8).— Véase también Mamachi, *de' costumi de' primitivi christiani*, t. III, pag. 12, n. 3).

² Sed et quod fratrum appellatione censemur, non alias, opinor, infamant, quam quod apud ipsos omne sanguinis nomen de affectione simulatum est.

Esos nombres de hermano y hermana, que los esposos se daban mutuamente, tenían entre los primeros cristianos el noble y espiritual sentido que en el día le atribuimos. «Nuestra ley, decían ellos, nos obliga á buscar la medida de la justicia en nosotros mismos y en nuestro prójimo. Así, según las edades, llamamos á unos nuestros hijos y nuestras hijas, á otros nuestros hermanos y nuestras hermanas, y designamos á los ancianos con los respetuosos nombres de padre y madre; cuidando sobremanera de conservar libres de toda impureza los cuerpos de los que llamamos con los nombres de hermano y hermana y los demás dulces títulos de parentesco ¹.»

Mientras que los fastuosos monumentos de los paganos llevan grabados en sus tablas de mármol el despotismo del hombre y la opresión de la mujer, las humildes inscripciones de nuestras catacumbas revelan á cada paso esa simpática igualdad entre los esposos, esto es, la emancipación del ser débil y la restauración de la familia ².

La caridad divina, que hacia de los esposos un corazón y una alma en el Señor, se esparcía sobre todas las cosas de la vida; y el hogar doméstico era un cielo anticipado. Pero no se ceñía á esto su influencia: ilustrada como la fe que mide el tiempo y sume en

Fratres autem vestri somus jure naturae, matris unius, et si vos parum homines, quia mali fratres. At quanto dignius fratres et dicuntur et habentur, qui unum Patrem Deum agnoverunt, qui unum spiritum biberunt sanctitatis, qui de uno utero ignorantiae ejusdem ad unam lucem expaverunt veritatis? Sed eo fortasse minus legitimi existimamur, quia nulla de nostra fraternitate tragoedia exclamat, vel quia ex substantia familiari fratres sumus, quae penes vos fere dirimit fraternitatem. Itaque qui animo animaque miscemur, nihil de rei communicatione dubitamus. Omnia indiscreta sunt apud nos, praeter uxores. In isto solo consortium solvimus, in quo solo caeteri homines consortium exercent, qui non solum amicorum matrimonia usurpant, sed et sua amicis patientissime subministrant. (*Tertull. Apol. c. 39*).

¹ Nobis sancta lex est, ut justitiae mensuram ex nobis et ex proximis nostris diducemus. Hinc pro aetate alios filios et filias novimus, alios fratres et sorores habemus, ac seniores patrum et matrum loco colimus. Quos igitur fratres et sorores, caeterisque cognationis nominibus appellamus, maximae nobis curae est, ut intaminata et incorrupta eorum corpora permaneant. (*Arnob. legat. pro Christ. c. 32*).

² Puedense ver algunas de estas inscripciones en Mamachi, *Origines et antiquitates Christianae*, t. III, pag. 398, n. 5).

la eternidad, esa caridad se elevaba muy por cima del amor maternal. Engrandeciendo el corazón, le daba esa fuerza magnánima que no podemos menos de admirar, pero que ¡ay! no imitamos ya. Ante todo, fiel el esposo al primer deber del matrimonio procuraba la felicidad eterna de su esposa. La unión pasajera en el tiempo no bastaba ni á su corazón, ni á su fe. Ved cómo, ennoblecido por el Cristianismo, el carácter del hombre se desenvuelve en todas sus fases! Pronto lo veréis elevarse hasta lo sublime.

Se ha publicado el edicto de persecución, fijado en las paredes de Roma, los *tabularios*, ó mensajeros del príncipe, lo llevan á los gobernadores de provincias para que lo publiquen en todo el imperio. Al aproximarse el combate y la muerte, redobla en fuerza y ardor la caridad mútua de las víctimas; los lazos de afecto conyugal, particularmente, se estrechan mas y mas: el esposo tiembla, pero no por su vida ni por su libertad, sino por la constancia de aquella de quien es el apoyo y cuya felicidad le es tan querida como la suya propia: no cesa de animarla y exhortarla. Si Dios le ha dotado con algun talento, compone obras para asegurar su perseverancia, no solo en medio del suplicio, sino mas bien entre las seducciones mas peligrosas aun para su flaqueza. De esta caridad incomprensible á los paganos de otros tiempos, y, fuerza es decirlo tambien, á la mayor parte de los hombres de nuestros días, Tertuliano nos ofrece un memorable ejemplo. En medio de la lucha incesante que sostiene contra el Paganismo y la herejía, el elocuente apologista no olvida la salvación de la esposa, cuya guarda le ha sido encargada. Dirige á su *amada compañera en el Señor* ¹ una obra célebre para robustecer su fe, y manifestarla el peligro que correria de perderla, si despues de la muerte de su esposo uniese su suerte á la de un marido pagano.

Llegado el día del martirio, lejos de abandonarse á un dolor inútil y hasta cierto punto injurioso á su fe, el esposo cristiano se apresuraba á alentar por su firmeza y palabras á su amada esposa que veia marchar á la gloria. El amor cristiano, mas fuerte que los sentimientos de la naturaleza, le prescribía una conducta cuyo sublime valor no puede explicarse mas que por la fe viva en esa bienaventurada patria, en que debia continuar, para jamás ter-

¹ Dilectissima mihi in Domino conserva. (*Loc. cit.*).

minar su dulce y santa union. Clemente de Alejandría, citado por Eusebio, nos ha conservado un ilustre ejemplo de esta divinamente inteligente caridad de los esposos cristianos. «La esposa de san Pedro, escribe el sábio Doctor, venia de confesar generosamente su fe. El príncipe de los Apóstoles la encuentra á su paso, cuando ella caminaba al suplicio. Ante ese espectáculo su corazón experimenta una santa alegría; y da gracias á Dios al ver á aquella que se le habia dado por hermana y compañera, próxima á entrar en la celeste Jerusalem, donde aguardará á su esposo y hermano. La llama por su nombre; y consolándola con dulzura la dice: «Mujer, acuérdate del Señor ¹.»

Tales eran, añade el historiador despues de haber narrado ese memorable hecho, los matrimonios cristianos en los primeros albores de la Iglesia; tal la perfecta caridad que unia á ambos esposos.

No era menos activa la caridad de las esposas cristianas para procurar la salvacion de sus maridos, paganos aun. Buenas, dulces, afables, modestas, castas, sumisas, previsoras, activas, animosas, las mujeres cristianas, que fueron las primeras en acudir á las catacumbas y que son todavía las últimas en despedirse del pié de los altares, desempeñaban con admirable celo su primer deber, el de procurar la salvacion de sus esposos. Inmutable como la caridad de que emana, ese celo jamás amenguaba. San Justino mártir, reasumiendo la historia de esas esposas, tan dignas de ese glorioso nombre, cita una, entre mil, en su segunda Apología, que nacida en el Paganismo habia llevado la vida propia de las mujeres paganas en aquella época. Regenerada en Jesucristo, el primer deseo de su corazón fue el de hacer participar á su marido de tan celeste dicha. Ruegos, lágrimas, consejos, sacrificios de todo género, nada omitió; pero todo fue inútil. La acusacion capital de Cristianismo, la espoliacion de sus bienes, la cárcel, el tormento, y por fin la muerte, fueron el premio de su caridad. Ella, con todo, no cesó de amar y de rogar hasta su último suspiro; y su sangre fue ofrecida para la salvacion de aquel, que convirtiéndose en su acusador y verdugo, no por esto habia dejado de ser su esposo ².

¹ Euseb. *Hist. Eccl.* c. 30, pag. 109, edit. Taur.

² Mulier quaedam cum viro debebat intemperanti, intemperans et ipsa prius; sed postquam Christi doctrinam cognovit, ipsa ad meliorem frugem se

Esta caridad conyugal que se mostraba heroica y sublime en el martirio, se manifestaba en los detalles de la vida, menos brillante sin duda, pero acaso no menos meritoria, si no superior. Hijos de Adán, nuestros padres no eran Ángeles. Adolecían de los defectos inherentes á la naturaleza humana; pero si habia espectáculo digno de admiracion, era sin duda el ver la caridad y angélica dulzura con que mutuamente los conllevaban. San Clemente, papa y mártir, testigo de esa maravillosa conducta que regocija mucho mas el corazón de Dios que la vista de las estrellas del firmamento ¹, se expresa en estos términos en su carta á los corintios, víctimas de una momentánea division: «¿No se asombraban de vuestra viva fe, ornada con todas las virtudes, algunos extranjeros llegados en tropel entre vosotros? ¿Quién no admiraba vuestra piedad en Jesucristo, tan llena de dulzura y de modestia? ¿quién no elogiaba vuestra hospitalidad? ¿quién no se complacia en publicar la sabiduría, la moderacion, la prudencia, que tan felices os hacian? Vosotros obrábais en todo sin distincion de personas, y marchábais á grandes pasos por el camino de la ley de Dios, bajo el pacífico gobierno de vuestros pastores; vosotros tributábais los convenientes honores á los ancianos; vosotros dabais á los jóvenes el ejemplo de la honestidad y la modestia; vosotros enseñábais á las mujeres á unirse á sus esposos de la manera debida, á bendecir su dependencia en la humilde sencillez de su corazón, á dedicarse al gobierno de sus casas sin ostentacion, á ennoblecer todas sus obras por la pureza y la santidad de sus intenciones. Humildes y sin presuncion alguna; mas dispuestos á obedecer que á mandar, á dar que á recibir; contentos con la proteccion del Señor para este mundo que con-

recepit, ac viro ut similiter sese colligeret persuadere conata est, christianam illi doctrinam exponens, et futura his qui libidinose ac praeter rectam rationem vixerint, in aeterno igne supplicia denuntians: verum ille in iisdem flagitiis permanens... Tum praeclarus et bonus ille vir, cum gaudere deberet, quod quae olim uxor cum servis et mercenariis in vinum atque omnium vitiorum genus effusa licenter perpetrabat, ab his jam faciendis deterrita fuisset, ac ipsum etiam ab iisdem flagitiis deterrere studeret, accusat quod esset christiana, etc. (*Apol.* II, II. 2).

¹ In tribus placitum est spiritui meo, quae sunt probata coram Deo et hominibus: concordia fratrum, et amor proximorum, et vir et mulier bene sibi consentientes. (*Eccli.* xxv, 1, 2).

«siderábais como un lugar de tránsito, vosotros caminábais sin cesar hácia vuestra patria, con la cruz del Señor siempre á la vista, y los oídos del corazón incesantemente abiertos á su palabra. Así disfrutábais de las bendiciones de la dulzura y de la paz.

«Vosotros teníais insaciable hambre y sed de justicia; y llenos de la plenitud del Santo Espíritu, la superabundancia de vuestros bienes se esparcía sobre toda la tierra. En la alegría de una conciencia sana, en el ardor de un caritativo celo y de una tierna confianza, elevábais vuestras manos al Todopoderoso, á quien solo teníais que pedir el perdón de las faltas hijas de la fragilidad. Noche y día velaba vuestra solicitud por la salvación de todos vuestros hermanos, rogando á Dios que no pereciese ninguno de aquellos que ha dado á su Hijo; hablábais con serenidad é inocencia, y sin malignidad ni resentimiento: la sola sombra de la división os horribaba. Si alguno pecaba, llorábais su caída, creyendo que las faltas ajenas también lo eran vuestras. Siempre dispuestos para el bien, jamás os arrepentíais de haberlo practicado: vuestra vida, adornada con todo el cortejo de las virtudes, se pasaba en el santo temor de Dios. Sus divinos mandamientos estaban grabados en las tablas de vuestro corazón¹.»

¹ Quis enim apud vos diversatus, virtute omni plenam, firmamque fidem vestram non probaret? modestam ac decentem in Christo pietatem non est admiratus? magnificentiam hospitalitatis vestrae non praedicavit? perfectam stabilemque cognitionem non iudicavit beatam? Nam sine personarum acceptione cuncta faciebatis, et in Dei legitimis ambulabatis; subditi praepositis vestris, et honorem debitum senioribus vestris tribuentes; juvenibus ut moderata et honesta cogitarent mandabatis; mulieribus denuntiabatis ut in inculcata et honesta et casta conscientia peragerent omnia, diligenter pro officio maritos suos; atque in obedientiae regula constitutae, res domesticas honorate administrarent docebatis, omninoque modeste se gererent. Omnes autem humili animo eratis, nullatenus superbientes, magis subjecti quam subjicientes, dantes potius quam accipientes; Dei viatico contenti, et accurate attendentes sermonibus ejus, dilatati eratis in visceribus, et passiones illius prae oculis vestris erant. Sic pax alta et praeclara omnibus dabatur, insatiabile benefacendi desiderium et plena Spiritus sancti super omnes effusio erat; atque reflecti sanctae voluntatis, bona alacritate cum pia confidentia extendebatis manus vestras ad omnipotentem Deum; supplicantes illi, ut propitius esset, si quid iniviti peccassetis. Vobis per diem ac noctem sollicitudo erat pro universa fraternitate, ut cum misericordia et conscientia salvaretur numerus electorum Dei. Sinceri et simplices eratis, atque injuriae immemores, invicem. Omnis sedi-

Los Padres de la Iglesia están unánimes en celebrar la perfecta union que reinaba en el hogar doméstico en los bellos dias del nacimiento del Cristianismo. Todo, hasta las mismas inscripciones grabadas en los sepuleros, atestiguan la santidad, la constancia, y la viva fe de la caridad conyugal. «Vese por do quiera, dice el célebre Mamachi, que el matrimonio cristiano era mucho menos la union de los cuerpos que la casta alianza de las almas¹.» Los mismos paganos no cesaban de admirarse de un espectáculo tan nuevo para ellos. «Ved, decian ellos, cómo se aman, y cuán dispuestos están á morir unos por otros².»

¿Cuál era el secreto de esa caridad que, reduciendo á la nada todas las pasiones terrestres, hacia á nuestros padres parecidos á los Ángeles? San Clemente acaba de decírnoslo: La fe. Los preceptos divinos de la ley evangélica estaban grabados en el corazón de esos felices cristianos, mucho mas fuertemente que la ley de Moisés en las Tablas de piedra del Sinai, y el código de los Decenviros en las tablas de cobre del Capitolio. Dadme un pueblo que acepte con igual fe esos preceptos, y veréis reproducirse la misma maravilla. Sin embargo, la fe y la caridad necesitan pábulo. La vida sobrenatural, á que sirven de principio, se extinguiría muy luego bajo el imperio de los sentidos, si no fuese renovada de continuo por el sople divino. Este saludable sople, este alimento de la vida cristiana, es la oración y la Comunión. Ningun ejercicio era tan frecuente entre nuestros ilustres abuelos como la oración: dia y noche mantenían con Dios esa comunicacion tan noble, á la vez que tan necesaria y dulce³. Tenían siempre ante sus ojos á su divino modelo, porque estaba siempre en su

etio, et omnis scissura vobis abominationi erat: de proximorum delictis lugebatis; eorum defectus, vestros iudicabatis; omnis bonae operationis non poenitebat vos, sed parati eratis ad omne opus bonum. Veneranda et virtutum omnium reflecta conversatione orati, cuncta in timore ejus peragebatis. Mandata Domini scripta erant in cordis vestri tabulis. (S. Clem. ad Corinth. Epist. I, n. 1 et 2.—Id. S. Ignat. ad Policarp. n. 5.—Clem. Alexand. Stromat. lib. IV, pag. 524).

¹ De Costumi, etc., t. III, pág. 13.

² Vide, inquit, ut invicem se diligant... et ut pro alterutro mori sint parati. (Tertull. Apol. c. 39).

³ San Jerónimo ad Laetam. Plinio el Joveni, Cartas á Trajano. San Justino, Apologias, etc., etc.

pensamiento. Predicadora y elocuente de todas las virtudes, porque ella es el símbolo de todos los sacrificios, la cruz era el permanente ornato de todas las casas. Durante las persecuciones, dueños solo de sus subterráneos, los Cristianos la habían grabado en las catacumbas, en los vasos, y en todos los objetos de uso ¹. Su frente, sus ojos, sus labios, todos sus sentidos estaban incessantemente marcados por ese signo protector de la debilidad, y enseñanza eficaz de la virtud ².

Libres ya para presentarlo á la luz del día, el signo vencedor del infierno y reparador de la humanidad brilló por todas partes. Donde quiera á que volvais los ojos, hallaréis la cruz en ese mundo verdaderamente cristiano: en las casas, en el foro, en los desiertos, en los caminos, en los bosques, en las colinas, en el mar, en los buques, en las islas, en las camas, en los vestidos, en los muebles, en las mesas, en los vasos de oro y plata, en las piedras preciosas, en las pinturas de las habitaciones; colgada del cuello de los Emperadores y de sus súbditos, de los hombres y de las mujeres, de las vírgenes y de las desposadas, de los esclavos y de los hombres libres ³. Cuando se medita un momento sobre la naturaleza, el número, y el divino poder de las instrucciones que se desprenden de la cruz, no puede menos que admirarse la profunda filosofía del Cristianismo que cuidaba de man-

¹ Boldetti, *Osservazioni sopra i cimítéri*, etc., lib. I.

² Ad omnem progressum atque promotum, ad omnem aditum et exitum, ad calceatum, ad lavaera, ad mensas, ad lumina, ad cubilia, ad sedilia, quacumque nos conversatio exercet, frontem crucis signaculo terimus. (*Tertull. de Coron.* n. 3).

³ Nihil enim imperatoriam coronam sic exornat, ut crux universo mundo pretiosior: et quod omnes olim exhorrescebant, ejus nunc figura ita certatim exquiritur ab omnibus, ut ubique reperiatur, apud principes et subditos, apud mulieres et viros, apud vírgines et nuptas, apud servos et liberos: nam illud omnes signum frequenter imprimunt in membrorum nobiliori parte, et in fronte seu in columna figuratum quotidie circumferunt. Hoc in sacra mensa, hoc in sacerdotum ordinationibus, hoc rursus cum corpore Christi in mystica coena refulget. Hoc ubique celebratum videre fest, in domibus, in foro, in desertis, in viis, in montibus, in saltibus, in collibus, in mari, in navibus, in insulis, in lectis, in vestimentis, in armis, in thalamis, in conviviis, in vasis argenteis et aureis, in margaritis, in parietum picturis... Adeo certatim donum hoc mirabile, ejusque ineffabilem gratiam omnes perquirunt. (*D. Chrys. contra judaeos et gentiles, quod Christus sit Deus*, t. I, pág. 697, n. 9).

tener siempre abierto ese libro á las miradas de todos. ¡Y existen hoy hombres que han roto la cruz, que entran en ira á su vista, y que se llaman los amigos y los regeneradores de la sociedad!

Los esposos, bien que encargados de cumplir deberes mucho mas difíciles, asistian sobre todo á la oracion. «¡Cuán bello es «verles frecuentar la casa del Señor, fuente de bendiciones! Ved- «los como salen de ella: el esposo, mas respetable á los ojos de «su esposa; esta, mas querida al corazon de su marido; porque «no es en la belleza exterior, sino en la del alma, en la que con- «siste el encanto del sexo débil. La hermosura no estriba ni en «los adornos tomados del arte, ni en la riqueza ni elegancia de «los vestidos, sino en la castidad, en la severa fidelidad á sus «deberes, en el temor de Dios jamás desmentido. Belleza espiri- «tual que no teme ni los años, ni las enfermedades, ni los efec- «tos del tiempo. ¡Esposos, esposas, cuidad muy especialmente de «adquirir esa belleza del alma! »

Así tambien el Dios de todas las virtudes descendia cada dia al corazon de sus hijos. Mas vigilantes que los israelitas que recogian cada mañana el maná caído del cielo, los esposos cristianos aguardaban la aurora para alimentarse con el pan de los fuertes y beber el vino que sostiene la virginidad ². Así, rezada la oracion en comun varias veces al dia y tambien por la noche, leida y meditada con frecuencia la Escritura sagrada, la recepcion cotidiana de la divina Eucaristía mantenía en todos los individuos de la familia esta vida sobrenatural que eleva el hombre al nivel del Ángel, y que levantó al antiguo mundo de la tumba.

No se crea, sin embargo, que contentos los primeros cristianos con servir á Dios en el interior de sus hogares, permaneciesen extraños á los deberes de la sociedad humana. Todo lo contrario: ellos se hallaban en todo y tomaban parte en todos los asuntos: jamás tuvo el imperio soldados mas valientes, ni ciudadanos mas integros. «Nosotros datamos solo de ayer, decia Tertuliano, y lo «llenamos ya todo, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras for- «talezas, vuestros municipios, vuestras asambleas, vuestros cam-

¹ D. Chrys. *Homil. in Paraclyt.* t. III, pag. 40.

² Eucharistiae sacramentum, et in tempore victus, et omnibus mandatum á Domino, etiam antelucanis coetibus, nec de aliorum manu quam praesidentium sumimus. (*Tert. de Coron.* c. 3).

«pos, vuestras tribus, el palacio imperial, el senado, el foro; no os dejamos sino vuestros templos ¹.» — «¿Diréis aun que somos inútiles al Estado? ¿Cómo?... Nosotros vivimos como vosotros; igual alimento, iguales vestidos, iguales ocupaciones, iguales necesidades; nosotros no somos ni bracmanes, ni gymnosofistas indios que habitemos en los bosques ni nos aislemos del trato de los hombres; nosotros no olvidamos pagar el tributo de reconocimiento que debemos á Dios Creador y Señor de todas las cosas, y no menospreciamos nada de cuanto ha hecho. Nos limitamos solo á no usar de ello con exceso ni sin necesidad. Nosotros no nos pasamos menos que vosotros de lo necesario á la vida. Como vosotros, vamos al foro, á los mercados, á los baños, á las ferias públicas, á las tiendas, á las hosterías. Navegamos con vosotros, llevamos las armas, cultivamos la tierra, comerciamos, ejercemos las mismas profesiones, y las ejercemos para vuestro uso. No comprendo, pues, cómo podemos ser inútiles al Estado cuando vivimos como vosotros y para vosotros... En cuanto á las contribuciones públicas, las pagamos exactamente y sin fraude, y ellas dan gracias al cielo de que haya Cristianos en el mundo, porque los Cristianos cumplen ese deber por principio de conciencia y de piedad, mientras que vosotros no escrupulizais en perjudicar al fisco por la infidelidad de vuestras declaraciones ².»

¹ Hesterni sumus, et vestra omnia implevimus, urbes, insulas, castella, municipia, conciliabula, castra ipsa, tribus, decurias, palatium, senatum, forum: sola vobis relinquimus templa. (*Tert. Apol. c. 38*).

² Sed alió quoque injuriarum titulo postulamus, et infructuosi in negotiis dicimur. Quo pacto? homines vobiscum degentes, ejusdem victus, habitus, instructus, ejusdem ad vitam necessitatis. Neque enim brachmanae, aut Indorum gymnosophistae sumus, sylvicolae et exules vitae: meminimus gratiam debere nos Deo, Domino, Creatori: nullam fructum operum ejus repudiamus; plane temperamus, ne ultra modum, aut perperam utamur. Itaque non sine foro, non sine maeello, non sine balneis, tabernis, officinis, stabulis, nundinis vestris, caeterisque commerciis cohabitamus hoc saeculum: navigamus et nos vobiscum, et vobiscum militamus, et rusticamur, et mercamur: proinde miscemur, artes, operas nostras publicamus usui vestro: quomodo infructuosi videamur negotiis vestris, cum quibus et de quibus vivimus, non scio... Vectigalia gratias christianis agent ex fide dependentibus debitum, qua alieno fraudando abstinemus: ut si inaeatur quantum vectigalibus pereat fraude et mendaciostrarum professionum, facile ratio haberi possit, unius speciei querela compensata pro commodo caeterarum rationum. (*Apol. c. 42, 43*).

CAPÍTULO IX.

De la educacion de los hijos.

El amor, ya tan vivo y santo, que elevando sobre los sentidos los afectos domésticos, hacia la felicidad de ambos esposos, redoblaba aun, si cabe, en fuerza, cuando el nacimiento de un hijo. Presente del cielo, depósito sagrado, hermano de los Ángeles, hijo de Dios, coheredero de Jesucristo, templo animado del Espíritu Santo; tal era el recién nacido á los ojos de los discípulos del Evangelio. Entre el padre pagano que mandaba friamente su hijo á la calle como una inmundicia, y el padre cristiano, que descubriendo dulcemente el pecho de su hijo dormido, lo besaba con respeto como santuario vivo de la augusta Trinidad, ¡qué inmensa distancia ¹!!! Mientras que el hijo á quien habian dispensado el permiso de vivir, solo era considerado por los paganos como un retoño de la especie humana, cuya fuerza física era preciso ante todo desarrollar para ponerlo en disposicion de destrozar á sus rivales, los Cristianos velaban con inaudito cuidado sobre la vida física y moral del jóven candidato al cielo. El temor religioso de privar á ese ángel de la vida eterna dejándolo de bautizar, no solo impedia las criminales maniobras, tan comunes entre los paganos para matar la criatura antes de que llegase á nacer, sino que inspiraba tambien á la madre cristiana las precauciones mas severas para prevenir toda imprudencia capaz de comprometer la frágil existencia del ser de que era responsable ².

¹ El santo mártir Leonides, padre del grande Origenés.

² Caedem quomodo perpetrare possimus, qui eam ne spectandam quidem ducimus, ne scelus et piaculum nobis impingamus? Et qui mulieres illas quae medicamentis ad abortum utuntur, homicidas esse et rationem hujus abortus Deo reddituras dicimus, quomodo hominem occideremus? Non enim ejusdem est foetum etiam in utero animal esse, ac ideo curae esse existimare, et editum in lucem occidere; ac infantem non exponere; quia parricidae sunt qui exponunt, rursus autem nutritum et educatum interficere. Sed semper in omnibus iidem et aequales sumus, rationi servientes, non ei imperantes. (*Athenag. Legat. pro Chris. c. 33*).

Qui autem matrimonio juncti sunt, iis scopus est et institutum, liberorum susceptio; finis autem, ut boni sint liberi: quemadmodum agricolae seminis